

TAWFIQ AL-HAKIM: *Diario de un fiscal rural*. Novela traducida del árabe por Emilio García Gómez. Instituto Hispano-Arabe de Cultura. Colección de Autores árabes contemporáneos, núm. 1, Madrid, 1955.

Diario de un fiscal rural es una obra estrictamente literaria, luego una obra un poco alejada de los temas que trata CUADERNOS. Sin embargo, nos pesaría no señalarla a nuestros lectores por diversos motivos. El primero, porque es sencillamente un novela maestra, digna de incrementar el acervo cultural del más exigente y refinado. El segundo, porque brinda al lector español la rara posibilidad de asomarse a la literatura moderna egipcia, mundo cerrado en que la publicación, hace unos años, de *Los días*, de Taha Hussein abrió una brecha. Y, finalmente, porque esta obra, la primera de una serie que el Instituto Hispano-Arabe de Cultura se propone dar a la estampa, es claro exponente de una actividad que, en otro plano y con otros métodos que los de nuestro Grupo, persigue la misma finalidad: estrechar los lazos entre los pueblos árabes y el hispano merced al conocimiento de sus problemas, de sus culturas, de sus hombres y de sus glorias y Tawfiq Al-Hakim, autor del *Diario de un fiscal rural*, es una gloria de Egipto, un gran escritor más allá del cual hay un hombre que sentimos próximo a nuestra mente y a nuestro corazón.

De Tawfiq Al-Hakim, don Emilio García Gómez traza una semblanza pletórica de ingenio e interés en el prólogo de *Diario de un fiscal rural*. Además, con hondo conocimiento de la cuestión, que se traduce en claridad y sencillez expositiva, esboza el estudio de la obra de este escritor en el cuadro de la literatura egipcia moderna en general. Y así, nos enteramos de que *Diario de un fiscal rural* —una de las primeras producciones literarias de Tawfiq Al-

Hakim— tiene un fondo autobiográfico. Pero sólo un fondo. El auténtico escritor vuelve a crear lo vivido, lo *re-crea*, objetiva lo subjetivo y da dimensión universal a la experiencia individual. De ahí que *Diario de un fiscal rural*, aun quedando siempre enraizado en la tristeza de un pueblo egipcio que, por todos conceptos, va muy a la zaga de la capital —lo que no es fenómeno exclusivo de Egipto, por supuesto—, nos enfrenta más allá del detalle exótico de la chilaba, el turbante o las invocaciones al Profeta con algo esencial: el hombre sencillo, pobre, humilde e ignorante que es un poco el juguete quejumbroso y resignado, lamentable, de la Fatalidad.

La Fatalidad tiene aquí el semblante severo de la Justicia vertida en el molde del Código Napoleón y aplicado en la letra al pueblo egipcio de hace algunas décadas. Pero el espíritu se escapa a través de los entresijos de la letra, y por ello los hombres de la justicia no desentrañarán nunca el porqué del asesinato en un cañaveral de Qawan al-dawla 'Ulwan, ni por qué la hermosa Rim aparecerá ahogada en un canal, ni por qué y por quién fué estrangulada la esposa de Qawan, hermana de Rim. La sola débil luz que se proyecta sobre estas tinieblas, estos abismos de elementales pasiones humanas, son las canciones del extravagante, extraño y alucinante *sayj* Usfur, que vaga a través de la obra como el símbolo del sentir popular reñido con los atestados, los interrogatorios, los cuestionarios y los sumarios.

Toda la novela gira en torno a ese asesinato que permanecerá impune. ¿Se trata, pues, de una novela policíaca? No; entre otras razones porque el misterioso disparo que hiere de muerte a Qawan al-dawla 'Ulwan no pasa de ser un habilísimo modo de dar unidad y coherencia a una serie de cuadros, escenas, costumbres y tipos humanos pintados con mano maestra. En realidad, el tema de esta obra se nos antoja ser el de la vida de un pueblo egipcio —pero que podría ser de otros lugares, modificando algunos detalles—, un pueblo visto con los ojos muy abiertos de un encargado de aplicar la ley, lo cual no equivale siempre a decir, administrar la Justicia. El fiscal que, día tras día, relata cuanto le sucede y sucede a su alrededor, apunta con sus observaciones el conflicto existente entre la Ley y la Justicia. Lo hace sin amargura, sin resentimiento, sin dogmatismos, con una indulgencia dolorida, con una pena de hombre desilusionado y débil que opta por resignarse mansamente a que las

cosas sean así, porque así es la vida. Ello no le impide sufrir en secreto y también sonreír con acerada ironía, a veces cruel de puro descarnada, de puro reflejar un apasionado afán de llegar a la verdad de las cosas más allá de la farsa representada en el humilde escenario pueblerino. Y entre estos extremos tienen cabida en la obra de Tawfiq Al-Hakim toda clase de reacciones y estados de espíritu humanos. De ahí que *Diario de un fiscal rural* recoja episodios altamente satíricos (el cadí lento y el cadí rápido), espeluznantes (la operación de una mujer, la autopsia, el atestado de la envenenada), jocosos (la comida del alcalde, el traslado del teléfono) y lamentables (el episodio de la ropa hallada en el río). Pero, dominando todas estas realidades ensambladas en un haz palpitante de vida, hay en esta obra una infinita y vaporosa poesía. Emana como una tenue e insidiosa luz de la enigmática Rim, la hermosa joven que cruza fugazmente, casi de puntillas, por las páginas de *Diario de un fiscal rural* y se desvanece como un sueño.

Decir que por ser la versión española de *Diario de un fiscal rural* obra de don Emilio García Gómez, es excelente, suena un poco a perogrullada. La precisión, elegancia y vigor con que don Emilio García Gómez se pasea por el bosque frondoso de nuestro idioma sólo podía dar tal resultado. El interés de su traducción no estriba, por tanto, en que sea perfecta desde el punto de vista del castellano. Radica en que don Emilio García Gómez no ha desarraigado *Diario de un fiscal rural*, del árabe, para colocarlo doctamente en un suelo foráneo: lo ha trasplantado con todas sus raíces, conservando toda su savia y todo su follaje. Por ello no cabe hablar en este caso de traductor, sino de trasplantador de una obra de notable originalidad, cuya lectura recomendamos casi imperativamente: sabemos que se nos agradecerá el consejo.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

EMIL J. SADY: *The United Nations and dependent peoples*. Washington, The Brookings Institutions, 1956, 1 vol., 206 págs. + VIII.

La Brookings Institution viene dedicando una serie de volúmenes a los diferentes aspectos de la obra de las Naciones Unidas, y el que presentamos —impreso al acabar 1956, pero cuyos datos suelen

llegar al comienzo de dicho año— corresponde a las materias objeto de los capítulos XI, XII y XIII de la Carta de San Francisco, en los que la actividad de la Organización ha ido ampliándose (no podemos decir que también perfeccionándose), y ha sido siempre ruidosa y popularizada. A nosotros, los españoles, nos interesa y nos afecta por dos motivos: primero, porque ya somos miembros de la O. N. U. y es lógico que nuestra tímida participación inicial vaya desarrollándose en cantidad y calidad, si como parece lógico aprovechamos las circunstancias favorables de nuestra posición. Ejemplos de esta posibilidad han sido las destacadas intervenciones de nuestra delegación en los problemas relativos a la admisión de Marruecos y Túnez, la autodeterminación de Argelia y de Chipre, la independencia de Ghana y la crisis del Cercano Oriente. En segundo lugar tenemos dos provincias de Ultramar, que fueron objeto de controversias respecto de su naturaleza en la O. N. U., aunque prevaleció la tesis metropolitana —paralela a la de Portugal, metrópoli mucho más importante— de que correspondía a nuestra competencia constitucional, esto es, doméstica, la definición del estatuto de aquéllas. Supuesto que como hipótesis lógica admite el libro que presentamos en un apartado de su capítulo V (págs. 188-190), aunque en general se ocupa poco del papel ultramarino de los dos Estados peninsulares. En parte, ello se debe al disculpable motivo de haberse concluido la obra antes de los debates a que nos hemos referido. En otra parte, menos disculpable según nuestro criterio, por una suerte de subestimación, desgraciadamente bastante común en plumas extranjeras, de cuanto concierne a España. En esto le lleva, por ejemplo, en el cuadro de las páginas 32, donde aparece una lista (incompleta) de las dependencias emancipadas desde 1939, a calificar a Marruecos de «french protectorate», omitiendo la existencia de su zona norte. Y nos extraña el olvido, porque el autor estuvo en España hace unos dos años, recogiendo datos sobre el Africa española, en una suerte de periplo por metrópolis y dependencias, que efectuaba no sabemos si por móviles oficiales o privados, o más presumiblemente por ambos. Nos pareció el autor una persona inteligente, discreta, con una cierta preparación —era Jefe de la División del Pacífico de la Oficina de Territorios del Departamento del Interior de su país— con mucho interés por informarse bien, y sin excluir los usuales prejuicios anglosajones contra España —el señor Sady perteneció al equipo roose-

veltiano— con deseos de objetividad. Por cierto, que nos enseñó un tremendo y minucioso cuestionario, un poco por el estilo de los que se usan en la O. N. U., sobre las dependencias españolas. El señor Sady nos contó, no muy satisfecho, que la única persona con la que pudo hablar de aquél se limitó a una cortés conversación. De modo que hay que ser indulgentes con los vacíos hispánicos del libro, ya que el autor —al que sólo pudimos entregar un ejemplar de un trabajo nuestro— hubo de recurrir a fuentes extranacionales, en las que poco, y menos bueno, suele consagrarse a la nación «Decana de la Colonización».

Volviendo al libro, se ve en seguida su criterio de recoger datos y analizarlos, reduciendo al mínimo la parte de comentario o crítica personal, que se mantiene siempre dentro de una moderada aceptación de las circunstancias que enmarcan la actuación, a veces contradictoria, de los Estados Unidos en el Consejo de Administración Fiduciaria, la Comisión *ad hoc* de informes sobre los territorios, del capítulo XI, y las otras variadas comisiones especiales, como la de factores constitutivos de los territorios dependientes.

Así, el autor acude a la común explicación del forcejeo entre las potencias autocolonialistas y las «administradoras», para informar sobre las vacilaciones y rectificaciones producidas respecto del cese de las informaciones holandesas sobre Surinam y las Antillas, en contraposición con los casos de Puerto Rico y Groenlandia (págs. 96-103). Otros equilibrios hace el autor respecto de la cuestión argelina, pero aquí se deben más que a las vacilaciones de la O. N. U. a las de la delegación de su propio país, comprometido a ayudar al colonialismo galo, pero deseoso de guardar en lo posible las apariencias anticolonialistas (véase pág. 38, nota 9), no desplegadas respecto de Holanda en el caso de Indonesia (págs. 47-52). A veces, el libro acude al irreprochable sistema de registrar las exposiciones ajenas que expresan lo que no se quiere estampar por cuenta propia: por ejemplo (pág. 81), la de la delegación belga sobre los territorios cuyas poblaciones no se administran por sí, pero que por estar contiguas o enclavadas respecto del suelo metropolitano escapan a todo control.

Y ahora repasemos el índice del libro, distribuido en cinco capítulos. El primero consagrado al «arreglo colonial» y a la Carta de las Naciones Unidas: en él se contienen ligeras indicaciones sobre sus precedentes (el sistema de mandatos) y un resumen del proceso ela-

borativo de los correspondientes capítulos de la Carta, con el forcejeo secreto y directo de los «tres grandes» y sus sorprendentes fórmulas, luego aceptadas sin grandes modificaciones por el coro de menores representado en la U. N. C. I. O.

El segundo capítulo se dedica a los acontecimientos postbélicos y a las Naciones Unidas; en el orden político, al cambio de *status* de los territorios dependientes de los principales imperios; la intervención de la O. N. U. en los casos de Palestina, Corea, las exposiciones italianas y, especialmente, Indonesia. El avance social, económico y educativo (expansión de servicios, planes de fomento, cooperación multilateral y agencias especializadas). La enumeración de planes recogida en las páginas 54-57 es incompleta.

El capítulo III se refiere a la Asamblea General y los territorios no autónomos: papel del Comité *ad hoc*; problemas de los «factores» y tipos de información transmitida; y poderes de otros órganos; pues sobre los muy desiguales del Secretariado se hace una brevísima mención. Muy construido está el capítulo IV, que se refiere a los fideicomisos: evolución, caso del A. S. O., aplicación, informes, peticiones y visitas; conflictos principales entre el Consejo de Administración, Fiduciaria y la Asamblea (*ewés*, Uniones administrativas, sanciones penales, fechas de la independencia) y, en fin, las relaciones con las agencias especializadas. Por último, el quinto capítulo, «El problema Colonial en perspectiva», se refiere a las tendencias que se observan en la O. N. U., a los problemas planteados por las nuevas admisiones —donde al autor da un salto de miles de kilómetros colocando a Ceuta y Melilla al lado de Goa— y al futuro de los fideicomisos, de los cuales el Togo británico es ya parte de Ghana (algunas preciosas indicaciones sobre las vacilaciones norteamericanas en el Pacífico se encuentran en las páginas 201-202); concluyéndose con una cautelosa interrogante sobre la hipótesis de que la independencia suponga la resolución de los graves problemas de los pueblos afectados, a los que cree que no les vendría mal conservar la asistencia de la O. N. U.

En resumen: sin ser un libro sensacional —lo que el autor no se propuso— es una obra «useful», y, por nuestra parte, al congratular al señor Sady por su aportación a esta materia, desearíamos o que se tradujera al español —puesto al día— o que se escribiera en nuestra lengua algo equivalente. Pues la edición española del *Eve-*

ryman's *United Nations* ha aparecido con retraso —la de 1954, primera y última que conocemos, suele limitarse a los datos hasta 1953— y tampoco su manejo evita el de obras como las de Kelsen y Toussein (en inglés) y Quadri y Raggi (en italiano), descontando las muy antiguas de Matthiot (en francés) y la muy mediocre de Duncan Hill.

J. M. C. T.

U. N. E. S. C. O.: *Les élites africaines*, en *Bulletin International des Sciences Sociales*. VIII, 3, 180 págs., 1956.

Desde su fundación, la U. N. E. S. C. O. ha exigido en el ámbito de las ciencias sociales renovados esfuerzos que tienden a sobrepasar el límite de la simple mejora en la cooperación internacional: se pretendía colaborar efectivamente en la paz internacional y en la prosperidad común. El especialista en las ciencias sociales puede combatir la casi absoluta ignorancia de las causas psicológicas de la guerra y la paz. Para ello debe estudiar, descubrir y definir los problemas, así como exponer las soluciones más convenientes. Como afirma el Prof. Brodersen en el trabajo que abre este bello volumen, «sólo nuestra generación puede, tal vez, comprender lo que significa exactamente *aumentar las defensas de la paz*». Por esto se comprende la intención que ha motivado el que la U. N. E. S. C. O. se haya dedicado al estudio de las tensiones que prevalecen en punto neurálgico tan esencial como el Africa contemporánea. Tales tensiones deben enjuiciarse teniendo en cuenta diversos factores fundamentales: la naturaleza de los prejuicios nacionales, el problema de las características y estilos de vida de los distintos países, en cuanto tienen de objetivo, los métodos que permiten modificar las aptitudes engendradas por prejuicios nacionales o raciales, la influencia de las ideologías y sistemas jurídicos en las relaciones internacionales, de la tecnología moderna, movimientos de población, etc. Siguiendo esta tónica de profundizar en los candentes problemas sociológicos, por sugerencia del recientemente fallecido Dr. Nadel, se ha procedido a la investigación de la cuestión de las élites sociales africanas. «No se trata simplemente del redescubrimiento de un concepto sociológico útil, pues hoy el mundo civilizado concede atención de

tal calibre a las cuestiones de evolución y desarrollo, que el interés que presenta el problema de las élites sociales dista mucho de ser puramente abstracto» (Nadel, «La Notion d'Elite Sociale»). Las transformaciones actuales implican la utilización de técnicas y competencias nuevas que determinan un nuevo tipo de hombre que posee tales competencias, lo cual, simultáneamente, puede modificar la noción de superioridad social. El concepto de élite es muy amplio: una sociedad puede contener varias élites. Pareto opinaba que el concepto de élite estaba ligado a la «categoría de personas» que manifiestan destacadas capacidades en una rama cualquiera de la actividad humana; Mannheim enumera varios tipos de élite (política, administrativa, artística, moral, religiosa); Lasswell y Kaplan han adoptado un nuevo concepto, el de las «élites medias» para indicar los grupos sociales compuestos de «los que poseen ciertas competencias características» (letrados, militares, etc.). La parte más interesante del estudio de las élites es la que trata, según Nadel, del proceso mediante el que aparecen o se transforman, es decir, su carácter dinámico, puesto que los individuos adquieren o pierden una situación preeminente, llegándose inclusive a la modificación del propio carácter de la élite y de las concepciones en que se funda. En un interesante trabajo («La situation et les aspirations actuelles des élites de la Côte-de-l'Or»), el Dr. Busia sostiene que para pertenecer a una élite se deben reunir las siguientes condiciones: a), ocupar una situación elevada; b), formar parte de un grupo suficientemente caracterizado y homogéneo; c), tener conciencia de su posición social; d), poseer un gran prestigio; e), ser considerado como imitable. Estos criterios le permiten definir tres élites distintas en Ghana: las familias «reales» tradicionales, los europeos o la clase dominante extranjera y los africanos instruidos que mejor han asimilado las técnicas y el modo europeo de vida. En una encuesta verificada por el Dr. Jahoda, entre los estudiantes universitarios de Ghana, acerca de su vocación, una cuarta parte optaban por la investigación científica y la industria. Los estudiantes comprendían que un país que intenta desarrollar su economía e industrializarse rápidamente tiene necesidad de investigadores e ingenieros. No obstante, el prestigio de las profesiones intelectuales permanece inalterado y puede pensarse que en el porvenir una gran masa se dediquen a la literatura, la política, el derecho o la administración.

El Prof. Bangani Ngcobo («L'élite africaine en Afrique du Sud») considera que en la élite africana existen tres categorías: la élite tribal, la instruída y la profesional. «La élite profesional es comparable a la clase artesana africana de las colonias belgas» —afirma—. La élite tribal está compuesta por los jefes tradicionales de las sociedades africanas, y la élite instruída la integran los formados bajo la influencia de los contactos culturales, como los «asimilados» en las posesiones portuguesas y los «notables evolucionados» o «ciudadanos franceses» en los territorios franceses de Africa. A excepción de los miembros de la élite tribal, los demás africanos están prácticamente asimilados por la civilización occidental. Al propio tiempo esta élite carece de homogeneidad, por lo que tiende a diferencias de desarrollo.

Por esto, como hace constar el Prof. Mercier («L'évolution des élites sénégalaises»), el desarrollo de las élites de tipo no tradicional constituye uno de los aspectos esenciales del proceso de cambio social que se desarrolla en el conjunto de los territorios africanos, caracterizando la fase más reciente de la crisis de las sociedades colonizadas. De aquí la situación multi-conflictual a que asistimos: conflictos del encuadramiento actual de las sociedades africanas; conflictos con las capas dirigentes tradicionales y conflictos internos derivados de carencia de homogeneidad. Al propio tiempo se manifiestan «rasgos de ruptura» entre élites y masas. La élite intelectual nueva tiene un papel limitado y muy indirecto. Entre ella y la élite obrera pueden observarse ciertas tensiones; una encuesta verificada entre los elementos jóvenes —estudiantes y obreros jóvenes— ha revelado hechos de separación más o menos radical. Esta nueva élite tiende a extender su acción al plano sindical. Así, ha sido recientemente creada una Confederación de trabajadores africanos, independiente de las centrales metropolitanas. Esa élite aspira a dar forma al deseo de un «retorno a las fuentes auténticas» expresando un movimiento de reacción, de reciente origen, contra las tesis asimilacionistas.

Esa misma separación entre élites tradicionales e intelectuales se manifiesta en el Congo Belga, tal como reconoce el Dr. Brausch («Le problème des élites au Congo belge»). En los escalones superiores de la organización profesional, los trabajadores están frecuen-

temente representados por miembros de la élite intelectual o de la élite artesana que intentan identificarse con los de la primera.

En los territorios portugueses, según el testimonio de A. Moreira («Les Elites dans les territoires portugais sous le régime de l'indigénat, Guinée, Angola, Mozambique»), la asimilación resulta de un acto de la voluntad: el derecho público y privado portugués, que excluye los usos tradicionales, no se aplica más que a los individuos que no solamente han adoptado las costumbres de la metrópoli, sino que también han suscrito libremente una declaración en tal sentido.

En cuanto a Nigeria, el estudio del Prof. Leith-Ross («La formation d'une nouvelle élite féminine en Nigeria») demuestra que si bien existieron en el país, en todo tiempo, élites femeninas, hoy se ha progresado de modo tan extraordinario que no es aventurado señalar la presencia de una nueva élite femenina, más amplia y capaz de ejercer notable influencia en el conjunto de la sociedad nigeriana. Hoy es la instrucción lo que confiere el máximo prestigio a la mujer, tanto a los ojos de los hombres como a los de las restantes mujeres. Esto se ha logrado en modo amplio en el país y existe un núcleo femenino interesado en cuestiones transcendentales. Claro está que, en contraposición, los hombres no desean que las mujeres participen en tareas administrativas. En la región oriental se ha concedido el derecho de voto a las mujeres. En esa región existe una élite de mujeres «negociantes» dotadas de gran energía y espíritu de iniciativa.

Este interesante volumen se completa por una sinopsis de las investigaciones emprendidas por la U. N. E. S. C. O. El Prof. Bastide («Les étudiants africains en France») señala que las élites no se forman solamente en las universidades, sino, también, a través de experiencias vitales. El africano actual se caracteriza por la plena conciencia de sus responsabilidades ante el porvenir del Continente. El Dr. Tardits («La notion d'élite et l'enquête en milieu urbain africain») se refiere al estudio sobre la situación económica de las élites africanas modernas en Dahomey. El Prof. Kenneth Little («Deux élites en Afrique Occidentale») señala que los contrastes culturales han conducido, en el plano metodológico, a adoptar dos definiciones diferentes de «élite». Entre los Birom son los dirigentes tradicionales los promotores de transformaciones sociales. En Keta

son los elementos instruídos, aunque no los mayormente instruídos, los que dirigen a la masa de iletrados por el camino del progreso.

Este nuevo volumen de la U. N. E. S. C. O. es una importantísima contribución en el estudio de uno de los problemas que más interés alcanzan en el Africa de nuestros días.

JULIO COLA ALBERICH

ADRIANO MOREIRA: *Política ultramarina* (Estudos de ciencias políticas e sociais), Lisboa, Junta de Investigações do Ultramar, 1956. 1 vol., 316 páginas.

La personalidad cultural del Prof. Moreira, destacada por su notable especialización en asuntos ultramarinos, es bien conocida de nuestros lectores, y no necesita de grandes presentaciones. Basta recordar sus obras *O problema prisional do Ultramar* y *Administração da Justiça aos indígenas*, que no hubieran podido ser escritas sino por quien tuviera un profundo dominio de las respectivas materias, y una completa sistemática mental del modo de presentarlas. Siguiendo una trayectoria ascendente, el Prof. Moreira se consagra en la que examinamos como un maestro en lo que hasta hace poco se llamaba colonización; y, además, un maestro de proporciones que desbordan el marco puramente portugués, e incluso peninsular, como figura científica. Por cierto que su nacionalidad añade interés y valor al libro. Los españoles no padecemos los singulares olvidos de otros pueblos empeñados en desentenderse de los hechos decisivos de que los pioneros de la colonización moderna fueron los lusitanos, y de que el antiguo Imperio, bajo la forma más a tono con los tiempos, de un Ultramar provincializado, subsiste hoy, en contraste con lo sucedido a tantos países —España incluida— que por complejas circunstancias perdieron su papel en la conducción de las gentes ultramarinas hacia el objetivo de la civilización universal.

El libro tiene unas impresionantes proporciones, y su contenido carece de desperdicio, bien que lógicamente dé mayor lugar a los problemas correspondientes a la colonización portuguesa. En realidad se ha basado, como el prólogo indica, en las lecciones que el autor explicó en el Instituto Superior de Estudios Ultramarinos durante el

año 1955-56. En esto radica la única importante y disculpable objeción que se le puede formular. Un curso académico, por mucho que sea el rigor científico con el que se le desarrolle, se presta menos a la exposición sistemática de materias, que lo que se puede hacer en un libro planeado con abstracción de todo calendario, y de un auditorio estudiantil. Además, la *Política ultramarina* es algo vivo, lleno de contrastes, divergencias y perspectivas parciales. Si el autor se hubiera desligado de la actualidad, podría acusársele de anticuado. Como ha hecho lo contrario, no faltará quien le tache de empírico y de desordenado: un reproche éste que puede formularse a todos los libros, porque cualquier orden de desarrollo de una materia ha de encerrar inevitables criterios de carácter convencional. Veámoslo.

La introducción se consagra a explicar las nociones y relaciones de las ciencias políticas, las sociales, la política colonial y la situación colonial. Aborda luego la clasificación política de las colonias distinguiendo entre colonialismo misionario y colonialismo de espacio vital, distinción quizá no exhaustiva, pero sumamente caracterizadora.

El primer capítulo lo consagra a la cuestión racial vista desde tres ángulos diferentes. Uno el de relación con los derechos humanos tal como fueron enunciados en numerosas reuniones e instrumentos internacionales, desde la conferencia de Berlín a la Declaración Universal aprobada por la O. N. U. en 1948; especial atención se dedica a las versiones soviéticas y afro-asiáticas del problema; escapándose al autor la pluma para rebatir algunas de las posturas intelectuales de Sri Nehon, tan desigual en sus prédicas y en sus prácticas. El segundo ángulo es el relativo a la igualdad humana ante la ley, y los diferentes sistemas que se han adoptado para regir el contacto de pueblos diferentes y desiguales: de ahí pasa a estudiar los mitos raciales —judío, negro, mestizo y ario—; y finalmente se ocupa de la faceta del problema que se proyecta sobre las clases intermedias, formadas por destribalizados y asimilados, con una irremplazable función ensambladora, que Portugal ha sabido crear, a través de lo que llama el «luso-tropicalismo». Esta última parte no suele estudiarse en obras similares, y ha sido un gran acierto del autor su inclusión.

El segundo capítulo se centra en la pugna entre colonialismo y anticolonialismo, no por gastada menos actual e importante. Enfoca el problema arrancando de los ensayos representados por la Sociedad

de las Naciones y por la actual organización de las Naciones Unidas. Sin grandes novedades que la materia no permite, pero con un excelente sistema selectivo, va exponiendo los rasgos fundamentales de ambos intentos, minorías, garantías y mandatos ginebrinos; «anticolonialismo» doctrinario de la época rooseveltiano-stalinista y su plasmación en los capítulos XI a XIII de la Carta. De ello salta a un tema abordado parcamente por la mayoría de los tratadistas, pero al que Moreira da todo su valor: la posición de la Iglesia Católica, con ocasión de la cual nos revela curiosos extremos de la tarea de la *Propaganda Fide*, del «Padroado» portugués en Oriente, y de algunas intrigas seculares tras de la acción misional. Luego pasa a ocuparse de la acción sindicalista —centrada en la O. I. T.— en el campo colonial, con su breve, pero intensa actuación sobre la política social en las dependencias. Y dedica un cuarto apartado, no sabemos exactamente por qué en este lugar, al grupo afroasiático, factor mundial que arrancado de dos movimientos de origen limitado (panasiatismo y panislamismo) se ha desbordado hasta constituir un elemento nuevo, con el que hay que contar en estos problemas.

El tercer y último capítulo de la obra se centra en los sistemas aplicados y la cooperación en Africa. Aquí hay algo de discutible en la asimilación de categorías y sistemas coloniales que establece. Así, el protectorado se relaciona con la Unión Francesa, cuando evidentemente en ésta ha predominado el impulso asimilista que antes de 1939 aplicó Francia siempre que pudo en sus dependencias. Tras una discreta exposición de la evolución belga (que caracteriza como «tendencia hacia la unidad política») pasa a la administración indirecta y la Comunidad Británica; el relato incluye un estudio especial del problema de las tierras. Naturalmente, con pluma maestra, describe después el institucionalismo portugués, primero con relación al Acta Colonial de 1930 (origen, principios, integración constitucional) y luego, refiriéndose ya al neo asimilismo de los Estatutos provinciales derivados de la reforma orgánica de 1953, que retrotrae algunos aspectos del problema a los módulos anteriores a 1920, con adelanto positivo en general. El *status* de los indígenas no es olvidado en este estudio.

En fin, el libro concluye con un apartado sobre el problema de Euráfrica y las realizaciones de la Comisión Técnica de Cooperación allende el Sahara. Si el autor hubiera conocido el reciente Tra-

tado del Mercado Común, sus sabrosas apreciaciones hubieran completado las que contiene la obra: en sus futuras ediciones no esquivará seguramente el nuevo enfoque, bastante exclusivista, que los «seis» del Continente europeo han dado a lo que debe ser —para que cuaje fecundamente— tarea común sin exclusiones ni desviaciones.

Si hubiéramos de apuntar alguna objeción al libro, porque limitándonos a los elogios podría suponérsenos demasiado admiradores del autor, los reparos que encontramos son minúsculos. Por ejemplo, en la página 241 se habla de la fusión de Servia y del «Estado de los Eslavos del Sur», cuando éste resultó de la de Servia, Montenegro, y ciertos territorios ex-austrohúngaros. En la página 165 dice que Hawai forma el 49º Estado de la Unión norteamericana, lo que aún no ha sucedido. Una inoportuna coma en la página 216 separa a Niasa de la Federación Rhodesiana, a la que pertenece. Lunares insignificantes que confirman el gran valor del libro, al que deseamos el éxito que merece, y especialmente entre los lectores de lengua castellana, a los que tan propia y sencilla les resulta la lectura de la portuguesa.

J. M. C. T.

RADHAKRISHNAN: *Recovery of Faith*, G. Allen & Unwin Ltd., Londres, 1956 y *East and West, the end of their separation*, Harper, Nueva York, 1956.

Estas dos obras de espiritualidad hindú tienen, además de su valor propio, que es grande, una importancia considerable dada la personalidad de su autor.

A Sarvepalli Radhakrishnan se le considera generalmente como el primer filósofo de la India contemporánea. Después de haber cursado sus estudios en Oxford, fué vice-rector de la Universidad de Benares, en tiempos de la dominación británica, y, posteriormente, profesor de Religiones orientales en Oxford. Su *Historia de la Filosofía india* —primera edición en 1927— es de reconocida autoridad en la materia. Diversas otras obras —entre las que destacan *The Hindu view of Life, Eastern Religions and Western Thought, An idealist view of Life, Religion and Society*— han asentado firme-

mente la posición de filósofo y de moralista de Radhakrishnan, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra y en la misma India.

En 1949, Radhakrishnan fué enviado a Moscú por el Gobierno de la India libre, en calidad de Embajador. Actualmente, a los sesenta y nueve años, es vice-presidente de su país y, como tal, el primer consejero de Nehru.

El mensaje de Radhakrishnan, tanto por su posición política como por su posición intelectual y espiritual, tiene, pues, señalada importancia.

En *Recovery of Faith*, Radhakrishnan estudia la situación de la «fe» en el mundo actual. Destaca ante todo las dificultades particulares con que tropieza hoy día la «fe». El triunfo del espíritu técnico-científico, el descubrimiento socio-histórico de la multiplicidad de las creencias, la justa rebelión contra la injusticia de las sociedades tradicionales, aparecen como factores que afectan las creencias tradicionales. Sin embargo, aun cuando la «fe» resulta más difícil actualmente que lo fué acaso en otras épocas, la exigencia de la trascendencia no ha disminuído, intentando satisfacerse con otros medios: por el baile, la demagogia, el nacionalismo o el comunismo. Pero esas pseudo religiones del hombre moderno defraudan porque son parciales. La verdadera religión debe interesar al hombre integral. «La verdad es una visión de la realidad que satisface al ser entero. Es apprehendida por el hombre entero» (pág. 105).

Aquí se reconoce la tesis fundamental del hinduismo, para el cual la religión no es otra cosa que la experiencia total y directa de lo divino... Más exactamente, es esta la concepción hindú del ser, el ser total en el que ya no se distingue, por consiguiente, el sujeto y el objeto. «La finalidad de la religión —escribe Radhakrishnan— no es la conformidad intelectual a una doctrina tradicional o una vaga piedad ritualista. La finalidad de la religión es una conversión no sólo metafísica, sino espiritual. Es la sustitución de la ignorancia, avidyā, de la inconsciencia por el saber, vidyā, o toma de conciencia» (página 158). El hombre que no es religioso, es un hombre dormido. La verdadera experiencia religiosa es un despertar, o como dicen los *upanishad*, un nuevo nacimiento mediante el que entramos verdadera y llanamente en el universo que, antes, nos resultaba extraño. «Nos sentimos en nuestra casa en el universo» (pág. 158). La per-

cepción directa de la totalidad no requiere ninguna autenticación; es su propia autenticación y contiene en sí su prueba.

Esta experiencia, pretende Radhakrishnan, es la experiencia fundamental de todas las religiones y, por consiguiente, cree que una reunión de todas las religiones es posible. Más aún, cree que todas las religiones son ya idénticas en lo que tienen de auténticamente religioso y que precisamente cesan de ser religiosas en sus particularismos (pág. 190). A este respecto cita una palabra de San Ambrosio: «Todo lo que es verdad, quienquiera que sea el que lo dice, viene del Espíritu Santo».

Esta idea de la unidad de las religiones se halla, sabido es, en el centro del pensamiento hindú. Uno de los decretos del Emperador Açoka se alzaba contra la intolerancia: «El que para reverenciar a su propia secta, rebaja las sectas de los demás... con vistas a glorificar la suya propia, en realidad, por su conducta, inflige la máxima injuria a su propia secta». Y, en el siglo pasado Ramakrishna, en este siglo Gandhi, han afirmado que eran cristianos y musulmanes, tanto como hindúes.

* * *

East and West, the End of their Separation (Oriente y Occidente, el final de su separación), como la indica el título, insiste sobre esta posibilidad de una unión espiritual de la Humanidad. En este libro, destinado a occidentales (trátase, en efecto, de una recopilación de conferencias pronunciadas en la Universidad McGill de Montreal), Radhakrishnan pone en guardia a los occidentales contra una tendencia a subrayar el aspecto intelectual de la religión. «Lo esencial de la experiencia religiosa —escribe— no radica en creer en una serie de proposiciones, sino en un actitud de toda la persona...» La intelectualización excesiva de la religión tiende a exagerar las diferencias: «La verdad, que está en el centro de todas las religiones, es una y misma; sin embargo, las doctrinas difieren considerablemente en cuanto aplicación de la verdad a situaciones humanas diversas... Todas son necesariamente inadecuadas y, si se las entiende demasiado literalmente, conducen al error. Toda fórmula, todo intento de encerrar la realidad en palabras o conceptos... no es más que un soporte de la contemplación, una ayuda para llegar a la comprensión

de lo que no puede ser encerrado en ninguna fórmula, en ningún símbolo, en ninguna doctrina... Las doctrinas no son inútiles, porque no podemos pensar de cualquier manera... Son los dialectos en que se expresa la verdad».

Para Radhakrishnan, los ritos o las ideas no son nunca falsos; tampoco son nunca del todo verdaderos, sino que son el camino de la verdad. «Ritos, ceremonias, sistemas y dogmas conducen, más allá de ellos mismos, a una región de completa claridad y, por consiguiente, sólo poseen una verdad relativa. Sólo valen en la medida en que permanecen en el lugar que les corresponde. No deben ser tomados por la verdad absoluta... Toda palabra, todo concepto es una indicación que señala hacia más allá. El signo no debe ser confundido con la realidad que significa. La dirección de la flecha no es la meta».

MARSI PARIBATRA

JEAN et SIMONE LACOUTURE: *L'Égypte en Mouvement*. Editions du Seuil. Collection Esprit, Frontière Ouverte. Paris, 1956, 479 páginas.

El estilo del periodista se une en Jean Lacouture a una notable intención de historiador, en el sentido de que sus juicios sobre la evolución de Egipto están encuadrados en un orden histórico, claramente perfilado desde el principio del libro.

La visión del corresponsal —siempre actual y matizada con notas coloristas— no estorba al carácter científico del libro, dotado de una completísima documentación sobre las más importantes realidades económicas, políticas y sociales del Egipto moderno.

Las causas de la revolución de 1952 aparecen con toda claridad metodológica en el curso de las páginas de esta historia egipcia de nuestro tiempo. Pero la sensibilidad del corresponsal de *France Soir* no olvida añadir pinceladas humanas o de paisaje con que despertar la dormida actitud del lector de periódicos. Su obra consigue algo así como el encuentro de la Gran Historia y de la pequeña historia, para explicar una realidad viviente.

Se inicia *L'Égypte en mouvement* con el paso de Bonaparte por el valle del Nilo que «dejó en suelo de Egipto los gérmenes de una

insatisfacción, de un desequilibrio que debían ser el origen de todas las empresas revolucionarias posteriores», para cerrarse con el ataque francobritánico contra Egipto, con la «chasse à courre» que ha originado esa profunda división entre Europa y Egipto, en contra de toda tradición y de toda autenticidad en la expresión de su propio destino.

El período histórico abarcado en esta obra es, pues, toda la historia del Egipto moderno o, si se quiere, toda la historia del Egipto que hoy aparece a nuestros ojos.

Esta perspectiva histórica sirve, en realidad, de introducción al verdadero libro de historia contemporánea de Egipto. Pero es una introducción imprescindible para comprender los últimos acontecimientos, porque el drama de *La República de los Bihbachis* necesita para su comprensión que sean antes presentados sus más importantes personajes. La Monarquía el Wafd, el Saad, los Hermanos Musulmanes, el Partido Comunista, el Ejército, glorioso en su historia y fracasado en Palestina, y la sombra augusta del Imperio Británico, son los actores del escenario de 1952.

El drama empieza en el momento del golpe de Estado que derriba a la Monarquía y se va desarrollando con sus éxitos, sus fracasos, sus graves errores y, sobre todo, con sus absurdas contradicciones, producto de la escasa experiencia del Grupo de la Liberación y tan bien ilustradas por el autor en esa sucesión de párrafos: *un coup à droite, un coup à gauche; un coup à droite, un coup à gauche...* que nos muestra la política, siempre vacilante, del régimen republicano-militar de Egipto. Si esa vacilación ha proporcionado a los dirigentes egipcios más de una victoria en el campo internacional, lo cierto es que ha debilitado la posición del régimen en el interior de Egipto, como tenía que suceder con una política exclusivamente demagógica y no democrática, y ha creado frente a Nasser el recelo internacional en vez de la confianza y la buena disposición. Muestra evidente de ello es el retraimiento de los capitales europeos y, lo que es aún más significativo, de los capitales soviéticos y americanos.

Con una asombrosa minuciosidad adornada de datos y precisiones, Lacouture ha sabido darnos una visión de conjunto de esta etapa revolucionaria que no ha llegado a ser revolución, quizá porque ha malogrado sus valores espirituales. En el impresionante escenario del valle del Nilo, cuya visión directa es imprescindible para

entender cualquier movimiento social de Egipto, se ha desarrollado la «Liberación».

La narración de los acontecimientos en el libro de Jean Lacouture está presidida por un evidente amor a Egipto. La actitud del egipcio ante la vida, su alegría y «bonhomie» atraen al autor. Le gustan el paisaje, las ciudades, los campesinos, que allí son también paisaje, de tal manera que la simpatía inspira cada una de sus palabras. Cuando se ocupa de enjuiciar la personalidad de Nasser dice con acierto que su rigidez y su austeridad son caracteres poco frecuentes en Egipto, casi diríamos, antiegiptios y, por lo tanto, poco admirados por el pueblo.

Esa simpatía que siente hacia el valle del Nilo hace de su obra un modelo de imparcialidad muy meritoria en un francés que ha vivido —y quizá ha sido víctima en algún sentido— de los últimos acontecimientos antioccidentales. No se trata, por tanto, de folleto de propaganda francesa, empeñado en influir sobre la opinión del lector. Se trata, exclusivamente, de ofrecer la verdad del Egipto moderno para que cada lector haga con ella lo que quiera. Lo que en el curso de la obra dice Jean Lacouture o Simone Lacouture, su esposa, que ha redactado el capítulo correspondiente a las realidades sociales de Egipto, es rigurosamente verdad y puede atestiguarlo quien haya vivido en el país lo suficiente para captar el cómo y el por qué del pueblo del Nilo.

En cuanto a las conclusiones, cada lector sacará de la lectura de *L'Egypte en Mouvement* las que crea oportunas. el temario de problemas planteados se formula muy bien en el último capítulo en forma de preguntas lanzadas al lector para que él mismo las conteste.

Pero lo que no podrá dejarse de observar al leerlo es que la imparcialidad, la indulgencia y el sentido de la medida son, en vez de la pasión y el odio, las verdaderas inspiradoras de la obra.

LUIS CARANDELL

NOTICIA DE LIBROS

